

Para una biografía intelectual de Jorge Zalamea

For an intellectual biography of Jorge Zalamea

*Andrés López Bermúdez**
Universidad de Antioquia

Recibido: 18 de agosto de 2009. Aprobado: 4 de julio de 2010 (Eds.)

Resumen: este texto introduce a una biografía intelectual a la luz de la sociología del autor, Jorge Zalamea, basándose en recomendaciones biográficas como las de Leo Löwenthal, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Gutiérrez Girardot, Mario Enrico Santí, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo.

Descriptor: intelectual; sociología; biografía intelectual; problemas sociales; Colombia.

Abstract: this work tries to expose an intellectual biography in the light of a Writers Sociology, based on biographical recommendations of authors as Leo Löwenthal, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Gutiérrez Girardot, Mario Enrico Santí, Carlos Altamirano and Beatriz Sarlo.

Key words: Intellectual; Sociology; Intellectual biography; Social problems; Colombia.

El intelectual frente a la sociedad

Leo Löwenthal, pensador de la Escuela de Frankfurt, planteó los aspectos centrales de una sociología de la lectura literaria y del papel de los *intelectuales* —creadores de la literatura— en la conformación social

* Historiador, magister en Ciencia Política. Profesor del Departamento de Historia y estudiante del Doctorado en Literatura, Universidad de Antioquia (lopezbermudez@gmail.com). El autor agradece los comentarios del Prof. Dr. Édison Neira Palacio. Resultado parcial de la investigación doctoral “Biografía intelectual de Jorge Zalamea Borda. Vivencias, percepciones y legado de un escritor en el siglo xx colombiano”, presentado en la II Jornada de Estudios de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Antioquia, 3 de abril de 2009.

(Löwenthal, 1998, 69-71). Pedro Henríquez Ureña y Rafael Gutiérrez Girardot resaltan que para quienes se dedican a la escritura —o como dicen, al quehacer de la “inteligencia”—, se ha acuñado el concepto de “*intelectual*”, básicamente aplicable al entorno de las sociedades secularizadas de la era del capitalismo (Gutiérrez, 1986, 63).

Como objeto de estudio, esa figuración socio-profesional resulta interesante en el ámbito de la investigación social contemporánea, entre otras razones por la vinculación de los intelectuales al mundo de la política. Los alcances de su accionar y la reconstrucción de sus perfiles históricos y sociales han concitado, en efecto, notable interés en el mundo académico durante el siglo xx, siendo los campos de la sociología del conocimiento y la historia de las ideas los que más han contribuido al estudio de su figuración. En ese sentido pueden destacarse como desarrollos influyentes los de Karl Mannheim en su obra *Ensayos de psicología social y de sociología de la cultura*, así como diversos trabajos de Jacques Le Goff, particularmente *Los intelectuales en La Edad Media*, obras en las que se analizan los nexos entre el intelectual y la política. Múltiples estudiosos procedentes de diversos campos del saber como la ciencia política, la filosofía, la sociología, la historia —y la literatura— (Merquior, 1972, 380) han demostrado claro interés en la materia, intentando comprender esa relación en términos científicos y precisar la incidencia y funciones de los intelectuales en las sociedades modernas.

La palabra *intelectual* alude a una tradición muy extendida en la cultura occidental desde la antigua Grecia, pasando por la Edad Media y el Renacimiento (Martin, 1968, 52-71), períodos en los que el intelecto ha sido usado para designar diversas actividades y funciones sociales. Haciendo referencia al contexto moderno, Löwenthal expresa que “el escritor creador es el intelectual en sí” (71), apreciación a la que deben sumarse ciertos elementos: el uso de la palabra *intelectual* con la connotación de convicción, disidencia, crítica, controversia y compromiso, tomó fuerza en un momento histórico específico, el año 1898. En medio de las agitaciones antisemitas acaecidas en Francia durante dicho año, Émile Zola envió una carta al presidente de la República de entonces, Félix Faure, reprochando los peligrosos brotes de racismo e intolerancia que se dieron en torno al “caso Dreyfus” (Gutiérrez, 1986, 62), en el que debido a su condición de judío un militar fue sentenciado y encarcelado como sospechoso de conspiración contra el Estado. La carta dio pie a una serie de artículos publicados

en el periódico *L'Aurore*, en los que fundamentándose en planteamientos kantianos —argumentos sustentados por la razón y la crítica—, Zola elaboró una fuerte denuncia del viciado ambiente político y jurídico de la Francia de finales del siglo xix.

A raíz de esos acontecimientos la opinión pública circulante entre la ciudadanía pasó a ser opinión pública razonada, y de la euforia sentimental verbalmente expresada se pasó a la controversia escrita. La polémica dividió la opinión de los ciudadanos entre aquellos que se encontraban a favor de los *intelectuales* y quienes se pusieron en su contra, o sea, entre los partidarios de Zola y sus contradictores, los llamados *antiintelectuales*. El primer grupo se aglutinó en torno a Anatole France —y Zola, obviamente—, mientras que en el segundo estuvieron figuras como Julio Verne, a quienes la “impertinencia” de los intelectuales causaba enojo. El texto de Zola “Yo acuso: la verdad está en marcha”, se constituyó en el manifiesto público de los intelectuales, y su influencia en la vida política de Francia se convirtió en paradigma de liderazgo, entrega y compromiso, presupuestos estos de la labor y funciones de la inteligencia en las sociedades modernas conforme lo registra Pierre Bourdieu (2002, 196-200). Al decir de Gutiérrez Girardot, “con ese manifiesto la literatura dejaba de ser ornamento del Estado nacional y se convertía en conciencia crítica y moral de la vida social, en voz ya no de la ficticia ‘voluntad general’ (falsificada además por los llamados defensores de la Nación y por la retórica del seudoparlamentarismo, que entró en crisis), sino de la justicia” (136).

En América Latina la reflexión sobre los intelectuales ha ganado espacio en los ámbitos literario y sociopolítico, gracias a las obras de autores como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Luis Romero y Rafael Gutiérrez Girardot, quienes han abordado el estudio de múltiples personalidades del subcontinente, históricamente célebres en calidad de caudillos ilustrados, literatos-estadistas, líderes periodistas o gramáticos notables. La figura de los intelectuales ha estado presente en los más diversos escenarios de las sociedades latinoamericanas en momentos decisivos: Francisco Miranda, Simón Bolívar, Andrés Bello, Lucas Alamán, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Gabriel René Moreno, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, entre otros pensadores políticos que tuvieron notable participación en el amplio campo de las letras y la cultura del siglo xix. Igualmente, en el siglo xx, personajes como Pedro Henríquez

Ureña, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano o José Luis Romero, por citar algunos, descollaron en América Latina en el ámbito de la reflexión cultural, literaria y sociopolítica.

Los temas histórico-sociales y políticos en Jorge Zalamea

Para el escritor bogotano Jorge Zalamea Borda (1905-1969), las circunstancias en que viven inmersas las colectividades humanas resultan cruciales a la hora de definir las preocupaciones intelectuales de los tiempos, las cuales se manifiestan en crisis morales que luego habrán de repercutir en manifestaciones literarias (Zalamea, 1978, 240-242). Una de las ideas fuertes de Zalamea es que cuando dichas preocupaciones intelectuales se tocan con el mundo de las letras, contribuyen de manera directa a la creación de un vínculo social, pudiendo llegar a la estructuración de una idea o sentido nacional. La literatura puede ser entonces, a un mismo tiempo, génesis y producto del vínculo social, idea esta en la que Zalamea concuerda con Henríquez Ureña y Gutiérrez Girardot (1989, 678-686).

De otro lado, al integrar facetas sociales disímiles y complejas mediante la apelación a principios universales de la cultura, el literato cumple la función de síntesis histórica y social, vale decir, de encarnación de la cultura. Alfonso Reyes y Henríquez Ureña se pronunciaron en su momento a favor de esta postura (Gutiérrez, 1986, 73), identificando como uno de los roles básicos del escritor la inscripción del mundo propio en el perfil universal de los actos humanos (134-135). Alejo Carpentier ratifica este mismo principio empleando otros términos: al representar situaciones concretas, la creación literaria propone un panorama de interrogantes y respuestas alusivas a los fenómenos más acuciantes para la sociedad. Inscribir el mundo propio en el perfil universal de los actos humanos, dice, es una de las funciones básicas del escritor, que si valora con justa estimación lo propio debe estar al tanto de circunstancias y tradiciones que le alumbran la inteligencia y le potencian la capacidad creadora (Carpentier, 1981, 44-45, 55-57).

También para Zalamea es función de los escritores poner en conocimiento del mundo el contexto social que habitan, identificando en él aspectos universales. La superación de lo lírico local como paso indispensable para la adquisición de una conciencia universal es considerada por Zalamea un imperativo (240). Al respecto Juan Gustavo Cobo Borda registra que “si un intelectual debe estar en capacidad de referirse a los diversos aspectos de la

realidad, con cierto conocimiento de causa, la multiplicidad de escritos de Jorge Zalamea lo confirma de modo amplio” (869). Sobre este particular Zalamea predicó con el ejemplo, pues con solo observar su archivo personal puede aseverarse que a lo largo de su existencia consolidó un amplísimo acervo de conocimientos clasificables dentro de la humanística: su dominio fue abarcante en áreas como la historia, la sociología, la antropología, la filosofía política y las relaciones internacionales. Supo con suficiencia de artes plásticas y al parecer entendía de arquitectura. Conforme puede verse era observador idóneo para inscribir en principios universales de la cultura aspectos disímiles y complejos de distintas sociedades, máxime en el caso de la suya propia, la sociedad colombiana.

La vida y la obra de Jorge Zalamea patentizan su interés particular por la reflexión y la acción política en interacción permanente con la cultura (Zalamea, 240), aspecto en el cual compartió afinidades con otros grandes de las letras hispanoamericanas de su tiempo. Su accionar vital trasluce en todo momento la indagación por hombres, sociedades y épocas, inquietud aunada al placer estético. Pensaba que a los intelectuales cabe una responsabilidad política y moral que debe considerar no solo a las grandes personalidades sino además a las gentes del común (Iriarte, 1978, 853).

Zalamea hizo honor a la función de todo genuino intelectual: *questionar* situaciones histórico-sociales –que Carpentier denomina “contextos” de un momento histórico– (1981, 7-19), examinándolas para dar cuenta de la ordenación y de los patrones de funcionamiento de ese determinado mundo. Desde su perspectiva el estudio de lo social y la denuncia respectiva corresponden menos a la producción literaria que a juicios estructurados a partir de una reflexión histórica, aunque ello no implica que quienes escriben literatura deban desentenderse de plantear y mostrar aquello que la realidad social contiene y demanda. Coincidiendo en ello con Carpentier, a lo largo de su vida Zalamea no dudó en componer y traducir múltiples obras de interés antropológico, sociológico, histórico, político o, en general, académico (Iriarte, 854), plasmadas en una prosa “que averigua y reflexiona” al decir de Cobo Borda (1978, 869).

En el contexto nacional y latinoamericano Zalamea fue un escritor que reflexionó trascendiendo el carácter testimonial que domina la narrativa de otros autores de mediados del siglo xx. Con las herramientas de la cultura a su disposición, inquirió entre otras materias por el carácter, el sentido y el rumbo de su patria, dejando constancia de su percepción sobre el cam-

bio social y la progresiva complejidad del devenir colombiano (Corredor, 2007, 119).

Zalamea frente a las contingencias sociales y políticas de su tiempo

a. Los inicios. Primeras labores periodísticas y de crítica teatral (1921-1935)

Jorge Zalamea Borda vino al mundo en Bogotá el 8 de marzo de 1905. En 1921 se inició como crítico teatral; en esa época se hizo gran amigo del poeta León de Greiff. Entre 1925 y 1927 viajó por Centroamérica y México (Mutis, 1978, 848) y publicó su primera obra, la pieza teatral *El regreso de Eva*. En México se hizo amigo de Diego Rivera, pintor que por entonces gozaba de gran prestigio internacional debido a sus aspiraciones de un cambio social fundado en valores ciudadanos y revolucionarios. Apenas un lustro antes, en 1921, también Carpentier había trabado amistad con Rivera, manifestando máxima admiración por el pintor (1981, 226-228).

Finalizado su periplo por Centroamérica, Zalamea viajó a Europa. Al igual que otros literatos latinoamericanos y según era usanza (Henríquez, 1949, 165), incursionó en el mundo de los escritores diplomáticos, faceta que constituyó su centro de desempeño durante distintas etapas de su vida. Estando en la península ibérica, entre 1928 y 1932 hizo amistad con los principales poetas y escritores jóvenes que en ese momento integraban la última gran empresa literaria de España, conocida como *La generación de 1930* o *Generación universitaria*. El entrañable afecto que entabló con Federico García Lorca merece mención aparte, pues más allá de las múltiples vivencias compartidas por ambos, el andaluz influyó profundamente sobre Zalamea induciéndolo a otorgarles importancia a las raíces populares y vernáculos como componente cardinal en la obra de todo escritor. A partir de su encuentro con García Lorca, el bogotano identificó la valoración justa y profunda de lo propio como fundamento de su personal compenetración con el sentido de lo colectivo (Zalamea, 803-804), aspecto este que a la postre repercutiría en la imagen que desde una perspectiva universal se formó sobre Colombia.

Entre 1933 y 1935 Zalamea cumplió la función de vicedónsul en Londres, y ocasionalmente permaneció en Francia. Por ese entonces escribió su primer ensayo político expresando convicciones liberales y progresistas.

Se trataba de un manifiesto intelectual en el que declaraba su beneplácito por la finalización del excluyente ambiente político que la hegemonía conservadora había perpetuado en Colombia entre 1886 y 1930.

Por sus convicciones liberales y socializantes, Zalamea otorgaba el mayor crédito a perspectivas como las de Luis Tejada, pensador y cronista antioqueño que en la década de 1920 opinaba que Colombia permanecía anclada en el mundo rural del siglo XIX, caracterizándose por sus hacendados, sus curas y sus caudillos regionales, y por un Estado que no actuaba como “la entidad abstracta que interpreta y representa a la sociedad por todos sus aspectos”, sino como el “órgano de acción de la clase más poderosa” (Loaiza, 1995, 205-206). Dotar de voz a las colectividades carentes de ella o impedidas para expresarse se convirtió desde ese momento en asunto de primer orden para Zalamea (Iriarte, 853).

b. El enérgico pensador al servicio del Partido Liberal (1936-1950)

Iluminado por luces de signo modernizador y modernizante, al igual que Henríquez Ureña o Carpentier, Zalamea acogió la premisa sociológica según la cual ante la decadencia política es inevitable la decadencia cultural, e inversamente, el florecimiento del espíritu cultural y de las letras de un país se desprende de condiciones previas de madurez política. Así, toda renovación estético-literaria es invariablemente producto de la compleja interacción de factores económicos, sociales, políticos y culturales (Zalamea, 217). Cargado de ideales y confiando en poder aportar desde la acción política para el mejoramiento democrático y cultural de su patria, Zalamea regresó al país en 1936 y asumió como funcionario del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo. El bogotano actuó inicialmente como secretario general del Ministerio de Educación, y luego, con apenas 31 años, en calidad de encargado de dicha cartera defendió ante el Congreso una importante reforma liberal en la materia. También gestionó la construcción del campus de la Universidad Nacional en Bogotá, proyecto largamente ambicionado por López Pumarejo que marcó un hito y que en aquel momento costó a Zalamea fragosas controversias y descalificaciones por parte de la oposición conservadora.

A semejanza de algunos ensayistas españoles de la segunda mitad del siglo XIX o de la Generación del 98, que se empeñaron en desprovincianizar al país ibérico actualizándolo en términos del conocimiento y la cultura,

Zalamea situó la posibilidad de identificar lo colombiano en el ámbito de la reflexión sociológica y económica (Gilard, 2005, 26-27). Desde esa perspectiva publicó diversos folletos sobre problemas educativos, y actuando como relator de la Comisión de Cultura Aldeana recorrió el departamento de Nariño y divulgó un estudio sociológico sobre dicha región. Entre 1937 y 1938 asumió el cargo de secretario general de la Presidencia de la República. Mientras desempeñó ese rol publicó *La industria nacional* (1938), estudio que identificaba diversos aspectos económicos y urbanos como prioritarios para el desarrollo del país. Su inquietud por el binomio educación-economía era manifiesta, por considerarlas dos caras de una misma moneda: el desarrollo nacional en el escenario urbano y capitalista que por entonces despuntaba en Colombia. A Zalamea no le cabía duda: en la sociedad contemporánea, es decir, la “sociedad de masas” que apenas asomaba en Colombia hacia 1940, el rol del intelectual era el de guía pensante, de luz de la sociedad (Carpentier, 1981, 154-157), máxime en un momento en el que bajo parámetros liberales el Estado procedía a regular el devenir social encauzando viejos conflictos originados en la propiedad de la tierra, el mundo laboral, la lucha partidista y la precisión del estatus del Estado nacional frente a poderes que como la Iglesia le disputaban la supremacía. Para Zalamea ese nuevo momento de la historia nacional debía resaltarse.

En consonancia con sus convicciones se sumó a la identificación del gobierno colombiano con la República española agredida por las derechas (1936-1939), brindando acogida a múltiples intelectuales del progresismo peninsular que emigraron para conservar sus vidas (Silva, 1989, 333-334). Como Zalamea, otros intelectuales latinoamericanos expresaron en ese momento su solidaridad con la izquierda española. Fue ese el caso de Carpentier, quien como voluntario hizo parte de las brigadas internacionales que se desplazaron a la península para defender con las armas a la República legalmente constituida. La prematura muerte de García Lorca a manos del franquismo en agosto de 1936 vino a sumar un componente de tinte personal a la aversión que Zalamea sintió siempre por las posiciones políticas de extrema derecha (Zalamea, 1978, 802-803).

A partir de 1938, último año del primer mandato de Alfonso López Pumarejo, el bogotano retomó sus ocupaciones literarias alternándolas con otras de tipo político –como por ejemplo su desempeño en la Cámara de Representantes entre 1941 y 1942–. Pero desde 1940 fue sumergiéndose

más y más en el mundo de las letras: casi podría decirse que la poesía y la crítica literaria terminaron absorbiéndolo y restándole peso a su militancia política. Entre 1941 y 1942 produjo cerca de una decena de textos entre los que se destacan varias obras teatrales, algunas de crítica literaria y otras sobre arte.

La distancia que asumió entonces con respecto a “la pausa” en las reformas políticas y sociales decretada por el nuevo presidente Eduardo Santos (1938-1942) –pausa que renegó de la vocación social del Estado y aminoró el ritmo de democratización–, permite entrever que la permanencia ideológica de Zalamea en el ala izquierda del liberalismo era cuestión de principios: como liberal consideraba que la *razón* debía anteponerse a la *costumbre* y la *autoridad* al buscar soluciones a las situaciones sociales (Zalamea, 1978, 222).

Cuando López Pumarejo retomó la Presidencia para el período 1942-1946, gracias en parte al respaldo y la oratoria de Zalamea en las plazas de los más remotos municipios de Colombia (Mutis, 850), encargó a este de la legación colombiana en México, a donde se desplazó y continuó publicando y reeditando sus obras. En 1944 fue traducido por vez primera uno de sus trabajos, *El hostel de Belén*, a la lengua inglesa. Para 1946 se estrenó de manera oficial en su labor como traductor, publicando en México la primera de sus versiones castellanas de Saint-John Perse, máximo poeta en lengua francesa de ese momento (850). Entre 1946 y 1947 desempeñó el cargo de embajador en Italia, para luego ser designado miembro de la representación colombiana ante Naciones Unidas. Estando en Milán publicó su versión de *Lluvias, nieves y exilio*, la obra máxima de Perse, pero solo una entre las muchas de este y otros autores que Zalamea tradujo en esos años.

Cuando el conservador Mariano Ospina Pérez asumió la Presidencia de la República en agosto de 1946, los roces entre él y Zalamea no tardaron en producirse, granjeándose el escritor la malquerencia del poder supremo y la pérdida de su cargo. “Zalamea –comenta Álvaro Mutis– torna al país y de nuevo se sumerge de lleno en el torbellino de la política. Sus ideas, su noción sobre el destino y la dignidad del hombre son, en esas horas oscuras de la patria, las menos indicadas para atraer la simpatía o la tolerancia de los poderosos” (851).

Fundador, director y editor del quincenario *Crítica* a partir de 1948, tradujo en sus páginas innumerables textos de Camus, Robles e Isherwood, además de defender el ideario liberal con mordacidad y tino. Tal labor se

destaca en la historia de las publicaciones dedicadas a la difusión cultural en Colombia: “todo lo que era alegato público sobre la función del intelectual, lo hizo Jorge Zalamea con *Crítica*”, registra al respecto Jacques Gilard (28). En esta revista Zalamea expresó su visión internacional y atacó con gracia e inteligencia al régimen, lo que le significó la censura, la clausura, e incluso la permanencia en los calabozos (Mutis, 851). Acerca de esta publicación cultural y política anota Alfredo Iriarte:

Naturalmente *Crítica*, no era, no podía ser, la creación de los moradores de la torre de marfil. Era una publicación eminentemente literaria pero que mal podía aparecer ante sus lectores colombianos atiborrada de sagas escandinavas, leyendas indostánicas, teogonías persas o epopeyas sajonas en tanto que la fuerza pública diezmaba a los campesinos colombianos a todo lo largo y ancho de un territorio lacerado por la criminal empresa de exterminio que se montó desde las altas esferas del poder contra las gentes humildes de Colombia. En consecuencia Zalamea, en la precaria medida de las posibilidades que permitía el despotismo, disparaba sus dardos contra las iniquidades del régimen (860).

En especial la publicación del cuento *La metamorfosis de Su Excelencia* le valió la ira de Ospina Pérez por ridiculizarlo a él y a la censura instaurada por la dictadura civil, llegando a ser tal la persecución que Zalamea se vio precisado a exilarse en Buenos Aires (858-860). El desenlace de los eventos del 9 de abril de 1948, en los que Zalamea había tomado parte de manera infructuosa intentando organizar al desbordado pueblo liberal desde los micrófonos de la Radiodifusora Nacional –junto con ideólogos de izquierda como Gerardo Molina y Diego Montaña Cuéllar– (856-857), no le dejó muchas opciones al poeta. La derecha aplastó al movimiento pero los ánimos permanecieron exaltados: el fanatismo religioso continuó desatado por incitaciones de la prensa conservadora y la Iglesia, la paz social se perdió y la macabra Violencia en curso (1948-1965) cerró alternativas a todo militante liberal, en especial a todo intelectual o colombiano pensante (855-856).

Sin posibilidades en ese ambiente, los literatos quedaron encomendados a sus propias fuerzas, contando solo con su espíritu de lucha y fuerza de voluntad. Apartado del poder, amargas oleadas se suscitaron en el ánimo del bogotano. Fue ese sentimiento –según dice Alfredo Iriarte– el que hizo que Zalamea se dedicara al ejercicio de la creación literaria con furor vocacional y renunciamento. Según esa tesis solo a partir de ese

momento habría asumido Zalamea el oficio de escribir profesionalmente (Iriarte, 854-855). Era el año 1951 y Argentina fue entonces un buen rumbo (Echavarría, 1951, 24).

c. *El exiliado, el escritor maduro, el viajero pacifista y el agudo crítico (1951-1960)*

Exiliado en Buenos Aires, Zalamea trabajó intensamente como traductor para sobrevivir, variando un poco la tendencia de su anterior etapa como ensayista (Cobo, 12-15). El exilio, bien lo sabía, fuera voluntario u obligado, constituía una condición frecuente en el gremio de los literatos (Zalamea, 227). Igual le había sucedido a Carpentier en 1928, cuando por idénticos motivos tuvo que instalarse en París. Y lo mismo que en el caso de Zalamea, la traducción resultó ser para el cubano la tabla de salvación que le garantizó la subsistencia (Carpentier, 142-143).

En Buenos Aires el bogotano inició una etapa marcada por largos viajes a través del mundo, que emprendió como miembro de la izquierda internacional tras abandonar su original militancia:

[...] una vez exiliado se independiza del liberalismo [...] el liberalismo ha dejado de ser para él un camino hacia la Revolución. La Revolución se ha vuelto en su mentalidad idealista, de más en más abstracta, de más en más utópica. Revolución, re-volución, etimológicamente, nueva vuelta, a partir de la etapa primitiva, comunitaria, fraterna, de los albores de la humanidad. Edad germinal, celebrada por los poetas de la naturaleza. Humanidad germinal, poesía germinal, origen y fuente del lenguaje. Poesía que dará a Zalamea los poderes del poeta (Araújo, 1974, 544-545).

Su producción de esta época trasluce su abierta oposición a los totalitarismos, y después de 1952, cuando inició sus correrías por el mundo, examina la coyuntura internacional signada por la Guerra Fría. Entre sus expresiones opuestas a los totalitarismos merece resaltarse *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, su obra más reeditada. En ella, aludiendo indirectamente a Laureano Gómez, a la sazón presidente de Colombia y sin duda el mandatario más recordado por la sangrienta persecución que auspició contra liberales y comunistas durante La Violencia, hace una cáustica crítica al fenómeno de los autoritarismos en América Latina y al dictador en cualquier lugar del mundo como encarnación de todo lo opuesto

a la razón, la justicia y las posibilidades emancipatorias de la democracia (Mutis, 1978, 851). Todo el planeta experimentaba entre tanto una coyuntura de descolonización y revoluciones, reivindicatorias en general del comunismo y causantes a su vez de una fuerte reacción occidental capitalista que procuraba frenar su avance sobre el Tercer Mundo (Hobsbawm, 1996, 247). Las preocupaciones políticas entre artistas, literatos y pensadores de toda especie se intensificaron en ese momento. En tales circunstancias Zalamea se contó entre quienes denunciaron las situaciones de su país sin restringirse al tratamiento de problemas locales.

Como se ha dicho, en 1952 Zalamea dio inicio a una etapa de intensos viajes que lo llevarían, hasta 1959, a recorrer el mundo entero. Durante ese primer año fue por primera vez a la República Popular China. Residió después en Checoslovaquia, Polonia, la Unión Soviética y Mongolia (Mutis, 851). Como Secretario del Consejo Mundial de la Paz (CMP), organización pacifista fundada luego de la Segunda Guerra Mundial, viajó por varios países europeos –entre ellos Austria y Grecia–, Egipto, Ceilán y la India, donde asistió al Congreso de Escritores Asiáticos, realizado en Nueva Delhi en 1957. En medio de la redefinición de su orientación ideológica dio a la luz *Reunión en Pekín*, ensayo de política internacional publicado en China. Continuando con su nueva línea de pensamiento, durante los siguientes años concedió especial importancia a denunciar la agresión norteamericana contra Cuba. En su opinión un escritor debía conocer los méritos y fortalezas de lo propio, pero también las propuestas cosmopolitas que le ayudasen a traducir sus pensamientos y sensibilidades. En ello fue notoria la cercanía del bogotano con autores del siglo XIX como Juan Valera, o del siglo XX como Alejo Carpentier.

A partir de 1954 varias obras de Zalamea comenzaron a ser difundidas en otros idiomas, y la más destacada fue *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, traducida en 1954 al francés, en 1956 al alemán, en 1957 al griego y en 1962 al Checo. Afirma Álvaro Mutis que la posterior difusión de este trabajo se haría por lo menos en 25 idiomas más (851). *La metamorfosis de Su Excelencia*, por su parte, fue traducida al francés en 1958, y *El rapto de las sabinas* al ucraniano en 1960.

Estando en la India en 1957, y observando a orillas del río Ganges el contraste de la ostentación de los templos con la miseria humana que los rodeaba, Zalamea escribió la primera parte de *El sueño de las escalinatas*, poema que solo conocería su versión definitiva en 1964. En él, al decir de

Álvaro Mutis, Zalamea enrostra a “los más necios y oscuros poderes” la servidumbre en que mantienen sumida a la humanidad. En la poesía de esta época Zalamea ofrece “su visión del mundo y del hombre que lo habita con tanto dolor”, en medio de “tanta miseria y tanta absurda abundancia repartida con tan mañosa malicia” (851).

Para 1958 regresa a China, y escribe “El Viento del Este da nuevas del Gran Salto”, poema que forma parte de un ciclo denominado “Poesía de aire libre”. De regreso a Colombia en 1959 y con el título “Hacia una poesía de aire libre”, el 22 de octubre de ese año lee fragmentos de *El sueño de las escalinatas* en el Teatro Colón de Bogotá. La grabación en la voz del propio autor tiene vasta resonancia, e inicia la “Colección Literaria” de la Emisora Cultural HJCK, la más importante de su tipo en la capital de la República. Para 1960 viaja por primera vez a Suecia y Holanda, y por segunda a Francia, Alemania, Checoslovaquia y la Unión Soviética, trabajando con especial ahínco en el incremento de las relaciones culturales entre Colombia y las repúblicas del bloque socialista.

d. El articulista inquieto, el profesor universitario y el rebelde excluido (1961-1967)

De maneras diversas Zalamea manifestó que en el contexto latinoamericano la literatura cuenta con facilidades para interrogar sobre aspectos que agobian a colectividades silenciadas (Iriarte, 853): la opresión e injerencia de poderes imperialistas, o la necesidad de conciencia política como requisito para la integración social, eran, entre otros, temas que Zalamea consideraba podían tratarse con seguro y gran impacto (Cobo, 15). La publicación de su libro *Antecedentes históricos de la revolución cubana* denota el especial interés con el que el bogotano se acercó a esa materia. No puede decirse sin embargo que por centrarse en revisiones histórico-políticas haya hecho a un lado las actividades atinentes a las letras. Por entonces dio inicio a un nuevo ciclo como traductor, concentrándose en la obra de Perse. De igual forma, vertió a lengua española un texto académico de tipo sociológico: *Támesis, estructura y cambio. Estudio de una comunidad antioqueña*, escrito por el investigador norteamericano Eugene A. Havens.

Aunque acontecida en 1959, solo en abril de 1961 la Revolución cubana hizo explícita su adopción del marxismo, estableciendo así el primer Estado socialista de América. Entre tanto en Colombia, en el ambiente del

Frente Nacional (1958-1974), la tendencia política preponderante era la opuesta, por lo que todo pensador afecto a la disidencia y la polémica era catalogado como hostil al régimen. Así sucedió una vez finalizó el período presidencial de Alberto Lleras Camargo (1958-1962), liberal amigo de juventud de Zalamea que entregó el poder al conservador Guillermo León Valencia (1962-1966). El nuevo gobernante parece haber sido especialmente injusto frente a Zalamea, a juzgar por ciertas descripciones ofrecidas por Álvaro Mutis (845-852) y Alfredo Iriarte (861). Mutis escribió al respecto: “Cuando Jorge Zalamea regresa a su patria ésta no tiene oídos para escuchar el testimonio universal y clamoroso de su exilio. Su voz se ha hecho demasiado vasta, demasiado incómoda para quienes se han ido hundiendo en una penosa anécdota de violencia y de tenebrosa venganza” (Mutis, 852).

A pesar de lo adverso de las circunstancias Zalamea no renegó de sus convicciones, y en 1962 publicó *Cuba, oprimida y liberada*. Fiel a sus principios se opuso a la invasión norteamericana a Vietnam. Tampoco dudó en pronunciarse junto con Carpentier en favor de las luchas del Tercer Mundo contra los poderes imperialistas. El optimismo histórico que le correspondió experimentar a la izquierda de su tiempo sin duda influyó profundamente sobre ambos literatos, determinando parte importante de sus vidas y ejecuciones (Carpentier, 47).

Desde 1962 Zalamea colaboró regularmente en *La Nueva Prensa*, periódico dirigido por su hijo Alberto en donde desarrolló múltiples labores periodísticas. Con todo, el entorno político nacional le seguía siendo hostil. Relata Alfredo Iriarte que por aquellos días

Los medios de comunicación tendieron en torno a Zalamea el más infame cerco de silencio. Jamás le perdonaron su dignidad insobornable. El que llegó del exilio fue el mismo que partió años antes: erguido, enhiesto, solidario con los humildes y arrogante con los poderosos. La respuesta fue la más inicua: decretarle la muerte civil. Para las clases dominantes siguió siendo el comunista vitando que era preciso reducir a la impotencia por el expedito procedimiento de ignorarlo. Como ya las circunstancias no permitían lanzar contra él la persecución policial; como ya no era fácil arrojarlo a los calabozos del detectivismo en compañía de su amigo León de Greiff; como ya imperaban las “libertades democráticas”, había que recurrir a métodos acordes con ellas. [...] Pero todo fue en vano porque por ese tiempo, hasta en los más recónditos parajes, miles de colombianos dieron una réplica demoledora al bloqueo. Multitudes estremecidas se congregaron a diario en torno a traganíqueles y gramófonos para escuchar

la voz metálica de Zalamea planteando sus cuitas y sus pleitos de siglos en los versículos de *El sueño de las escalinatas* (Iriarte, 861-862).

En compensación Zalamea comenzó a ser mejor valorado por la crítica extranjera. En 1965 dio a la luz *La poesía ignorada y olvidada*, obra con la que obtuvo el premio de ensayo Casa de las Américas. Luego, vinculado como profesor a la Universidad Nacional de Colombia, escribió *Introducción a la prehistoria* (1966), texto orientado al uso académico.

e. El poeta, el desengañado y solitario poeta (1967-1969)

Desde la época de la República Liberal (1930-1946) mucho se había hablado en el país de la necesidad de llevar a cabo la reforma agraria. Los intentos ejecutados en ese sentido durante el Frente Nacional resultaron ser más bien un remedo de dicha reforma (Silva, 1989, 246-248). En contraste, la nula distribución del poder y la precaria integración de la población al sistema político definían el cuadro del momento (Melo, 1979, 216-218). Según Álvaro Mutis, situaciones como esa motivaron en Zalamea una solitaria condición de protesta, de directa, tajante y arisca protesta (852), rasgo que siempre constituyó la mejor definición del poeta bogotano:

El destino impar y la encontrada vida de Jorge Zalamea son un vivo ejemplo de permanente rebeldía contra el conformismo cándido y la temprana abulia que caracterizan, con implacable regularidad generacional, al ambiente literario de Colombia. Jorge Zalamea, en el grupo de “Los Nuevos”, y Jorge Gaitán Durán, dentro de [...] los llamados “Cuadernícolas”, han sido las únicas voces ariscas, indomeñadas e infatigables que han lanzado a todos los vientos, no solamente la protesta contra las condiciones que abruman a su patria, sino el testimonio lúcido, infatigable y sin compromisos de cómo esas condiciones asfixian toda posible voz inconforme y liman, en la conducta de las gentes, toda posible aspereza que no se ajuste al manso molde que conviene a quienes han determinado siempre cómo se debe vivir en Colombia (845-847).

A este hombre, a quien como dice Mutis “no le gustaba dorar píldoras” (847), y de quien Alfredo Iriarte comenta combatió al lado de los oprimidos del mundo (853), le parecieron merecedores de la máxima significación tópicos como la capacidad operativa y los alcances del Estado, el entorno urbano y las sociedades masificadas, el papel de los individuos y los grupos

sociales en el escenario de una sociedad en proceso de modernización, el rol cumplido por la tradición y la jerarquización social en dicho contexto, etc., temas que guardan indudable relación con el estudio de las variaciones estéticas en la literatura, conforme lo registran Henríquez Ureña y Gutiérrez Girardot (Gutiérrez, 82-83). Inquietudes como las mencionadas conducen a que cualquier escritor corra el riesgo de no poder ejercer su independencia intelectual, ya que dádivas, contratos oficiales y encargos del poder acechan a la expresión sincera (Gómez, 2006, 307). En Latinoamérica y Colombia este fenómeno continúa careciendo de suficiente interés como tema de la sociología y la historia de la cultura, lo que no quiere decir que haya sido ignorado por los escritores, pues son justamente ellos quienes deben experimentar en carne propia la proeza de vivir de lo intelectualmente producido en un medio social adverso a la crítica y al pluralismo ideológico. El caso fue crudamente padecido por Zalamea en la fase madura de sus andares por el mundo de las letras, cuando además de verse compelido a sufrir la condena al ostracismo y la sanción periodística y social, en medio de una grave situación económica tuvo que vender algunos de sus libros para mitigar sus necesidades básicas. Si se considera que Pedro Henríquez Ureña y Rafael Gutiérrez Girardot definen la profesionalización de los hombres de letras como “el cambio de función del escritor y la literatura en la sociedad” (Gutiérrez, 63), la situación de Zalamea estaría dando cuenta de que en el contexto colombiano de su tiempo el oficio de escribir todavía no era valorado como una profesión en sentido estricto. Aunque el oficio era “aceptado” no se toleraban en él “peligrosos desbordes”, caso en el que dejaba de ser contemplado como fuente de lícito y público reconocimiento (Araújo, 532). Además de capacidades intelectuales, todo escritor debería contar entonces, idealmente, con escenarios cultural y socialmente idóneos para llevar a feliz término su propuesta crítica. Las posibilidades que el destino le deparó a Zalamea distaron mucho sin embargo de las condiciones anheladas.

La última etapa de la vida del bogotano fue un momento, en opinión de Cobo Borda, en el que “el escritor maduro [...], desengañado de su partido y afligido por la miseria de su país, encuentra el consuelo de la poesía y reafirma así su voluntad combativa” (15). Álvaro Mutis anota, por su parte, que la soledad de la voz de Zalamea y el vacío ante su juicio lo llevaron a la desesperanza (852). Su *Cantata del Che*, obra de 1968, se contó entre sus últimas producciones. Idénticamente casi solo, desengañado y comba-

tiendo, el Che Guevara había encontrado su triste y épico final apenas un año antes, en octubre de 1967.

A mediados de 1968 Zalamea fue galardonado por el Estado soviético con el premio Lenin de la paz. No obstante, identificó en la invasión rusa a Checoslovaquia que los valores e ideales por seguir se tornaban confusos. Cuando los tanques soviéticos entraron en Praga aplastando las libertades checas en acto de agresión imperialista, aún no se le había hecho entrega de los 25.000 dólares del premio. Con motivo de esa invasión y a pesar de encontrarse padeciendo penurias económicas, no tardó en hacer pública su protesta. Cuenta Alfredo Iriarte que alguien le dijo entonces a Zalamea: “Maestro: usted me perdona pero esa no es manera de jugar con el bienestar de su vejez”. Su respuesta fue fulminante: “Que se vayan al carajo. A mi conciencia no la calla nadie con todos los rublos y los dólares del mundo. [...] Meses después, cuando ya estaba agobiado por la enfermedad le llegó el cheque” (1978, 863). Ante ortodoxias inamovibles Zalamea fue, como la anterior anécdota demuestra, personaje de probadas luces. Más movido por el sentir propio que por incitaciones externas, más razonador que militante ciego, más flexible que dogmático, sus críticas hacia la ortodoxia terminaron alejándolo no solo de sus contradictores de siempre sino también de quienes fueran sus compañeros de utopía (858). Justicia social, rectitud ética y la paz entre los hombres le parecieron en ese momento consignas distantes. Valga recordar que para un notable de las letras como Antonio Machado el hablar bien –que en su criterio significaba el hablar poético– implicaba la función ética de aportar a la paz, imperativo ineludible para todo escritor (Gutiérrez, 1989).

Hallándose en tales circunstancias falleció Jorge Zalamea en Bogotá, el 10 de mayo de 1969 a la edad temprana de 64 años.

Conclusiones

Con miras a una biografía intelectual de Jorge Zalamea se ha planteado aquí una periodización básica. Estudios particulares como el presente pueden contribuir a una ilustración general de procesos y a reelaboraciones conceptuales dinamizadoras de la historia social de la literatura (Gutiérrez, 1986, 63-64). La biografía intelectual constituye, en efecto, un género que brinda posibilidades a la investigación social de la literatura (Altamirano, 76-78). De hecho la historia biográfica ha sido progresivamente reem-

plazada por una sociología del autor y del gusto literario, en procura de “vincular en términos dialécticos las diferentes expresiones de la función cultural de la obra literaria con la evolución de la situación social del escritor” (Merquior, 1972, 372).

Quedan sintéticamente registrados aquí, en consonancia, diversos aspectos de la evolución intelectual y el entorno de un personaje. Se esboza su lugar dentro de un tejido de relaciones y contextos (Santí, 2002, 101), se caracteriza panorámicamente su producción y se vislumbran sus vinculaciones sustanciales con instituciones sociales y literarias (Laverde, 2006, 42). Su postura personal con relación a la función social de los escritores queda plasmada así mismo en trazos generales, además de registrar brevemente su experiencia particular en torno a la profesionalización del oficio. Como temas concernientes al gremio de los escritores se destacan igualmente los factores de la responsabilidad intelectual (Gómez, 228-232) y la exclusión –o integración– a círculos de pensamiento y poder influyentes sobre la configuración de la sociedad colombiana del siglo xx.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos, y Sarlo, Beatriz. *Literatura/sociedad*. Buenos Aires: Edicial S. A., s. f., 76-78.
- Araújo, Helena. “Jorge Zalamea”, en: *Eco, Revista de la cultura de Occidente*, Vol. 27, N.º 161, Bogotá, 1974.
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- Carpentier, Alejo. “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en: *Tientos y diferencias*, Buenos Aires: Calicanto, 1976.
- _____. *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. México: Siglo XXI, 1981.
- Cobo Borda, Juan Gustavo (ed.). *Literatura, política y arte*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- Corredor Ángela. “Narrativa de La Violencia (1946-1955)”, en: Wills Franco, Fernando (dir.), *Gran Enciclopedia de Colombia*, Bogotá: El Tiempo, Círculo de Lectores, Vol. 5, 2007.
- Echavarría, Rogelio. “Cultura”, en: *Magazine Dominical El Espectador* (190), Bogotá, N.º 190, 1951, 24.
- Gilard, Jacques. “Para desmitificar a Mito”, en: *Estudios de Literatura Colombiana*, Medellín, N.º 17, 2005, 13-58.

- Gómez García, Juan Guillermo. *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*. Bogotá: Diente de León, 2006.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “El ‘98’: ¿Sólo un problema de historiografía literaria?”, en: *Tradición y ruptura*, Bogotá: Random House-Mondadori, 1997.
- _____. *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986.
- _____. *Machado: reflexión y poesía*. Bogotá: Tercer Mundo, 1989.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: FCE, 1949.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo xx. 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 1996.
- Iriarte, Alfredo. “Evocaciones y recuerdos de Jorge Zalamea”, en: Cobo Borda, Juan Gustavo (ed.). *Literatura, política y arte*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Andes, 1978.
- Laverde Ospina, Alfredo. “(Im)pertinencia del concepto de tradición literaria para una historia de la literatura colombiana”, en: *Lingüística y Literatura*, Medellín, N.º 49, 2006.
- Loaiza Cano, Gilberto. *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura: Colombia 1898-1924*. Bogotá: Colcultura-Tercer Mundo, 1995.
- Löwenthal, Leo. “Tareas de la sociología de la Literatura (1948)”, en: Gómez García, Juan Guillermo (tr.). *Utopía siglo XXI*, Medellín, Vol. 1, N.º 3, 1998.
- Mannheim, Karl. *Ensayos de psicología social y de sociología de la cultura*. Madrid: Aguilar, 1963.
- Martin, Alfred von. “Las clases poseedoras y los intelectuales”, en: *Sociología del Renacimiento*. México: FCE, 1968.
- Melo, Jorge Orlando. “El Frente Nacional”, en: *Sobre historia y política*. Medellín: La Carreta-Lealon, 1979.
- Merquior, José Guilherme. “Situación del escritor”, en: Fernández Moreno, César (coord.). *América Latina en su Literatura*, México, Siglo XXI Editores-Unesco, 1972, 379-387.
- Mutis, Álvaro. “Jorge Zalamea”, en: Cobo Borda, Juan Gustavo (ed.). *Literatura, política y arte*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Andes, 1978.
- Santí, Mario Enrico. “Meditación en Nuremberg”, en: *Bienes del siglo. Sobre cultura cubana*, México: FCE, 2002.
- Silva Luján, Gabriel. “Carlos Lleras y Misael Pastrana: reforma del Estado y crisis del Frente Nacional”, en: Tirado Mejía, Álvaro. (ed.). *Nueva Historia de Colombia*, Vol. II, Bogotá: Planeta, 1989.
- Zalamea Borda, Jorge. *Literatura, política y arte*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.